

RESEÑA DE *LOS FIRMES MANDATOS DE UN DÉBIL TRONO. DISCURSO, GUERRA Y GOBIERNO EN LA PENÍNSULA DE YUCATÁN DURANTE LA INTERVENCIÓN FRANCESA Y EL SEGUNDO IMPERIO MEXICANO, 1861-1867*

Emiliano Canto Mayén. *Los firmes mandatos de un débil trono. Discurso, guerra y gobierno en la Península de Yucatán durante la Intervención Francesa y el Segundo Imperio Mexicano, 1861-1867*. México: Kóokay, 2025: 264 pp.

La pasión histórica de Emiliano Canto Mayén por la Península de Yucatán —y particularmente por Mérida— no es un asunto nuevo, ya en trabajos como *Crónicas del arte, la creación e identidad yucatanenses* (2020) y *Una historia a pie, Mérida y sus rumbos* (2011), el investigador ha demostrado el cúmulo de conocimiento sobre la cultura material e inmaterial de la que él ha llamado su región. No obstante, el Segundo Imperio en México ha sido un interés historiográfico permanente en sus estudios, pues textos como “Los partidarios del proyecto imperial en la Península de Yucatán: de la implantación monárquica a la última conciliación republicana (1864-1898)”, “Corona de asedios y borrascas: la proclamación del Segundo Imperio en la Península de Yucatán” y “Misión y desafíos de los comisarios imperiales de Yucatán (1864-1867)”, se presentan como la antesala perfecta para construir la que considero una de las investigaciones históricas regionales más relevantes de su obra: *Los firmes mandatos de un débil trono. Discurso, guerra y gobierno en la Península de Yucatán durante la Intervención Francesa y el Segundo Imperio Mexicano, 1861-1867*.

Canto Mayén, egresado del doctorado en Historia por El Colegio de México, en dicha obra y de forma contundente, sentencia: “Nada hay más dúctil en la política que la lealtad” (174). Por ello, reseñar un libro de esta envergadura historiográfica tiene que realizarse desde la historia política, pero con un ingrediente extra: la mirada desde el análisis discursivo sobre las experiencias de republicanos y monarquistas de la época, pues cada día es más necesario echar mano de otras herramientas de análisis, como la interpretación discursiva, para construir la historia de forma más integral y alejada de la visión tradicional, monográfica y caudillista.

En ese sentido, y sobre el tema que ocupa la obra, es necesario apuntar que la historiografía sobre la Intervención Francesa y el Segundo Imperio mexicano, está envuelta bajo el capelo de una leyenda negra, pues ésta, generalmente, ha sido narrada desde el punto de vista del caudillismo “rancio”, aquel que no pone de relieve las experiencias humanas, lo

que genera una gran polarización de las personas involucradas en héroes y villanos, donde éstos quedan despersonalizados, desobjetivados, pero eso sí, altamente politizados.

De esta forma, en *Los firmes mandatos de un débil trono. Discurso, guerra y gobierno en la Península de Yucatán durante la Intervención Francesa y el Segundo Imperio Mexicano, 1861-1867*, Emiliano Canto Mayén ofrece, desde la introducción, las pistas sobre cómo al registrarse el avance y el triunfo del ejército francés en México, diversos sectores de la población se unieron en la región peninsular para que, en Yucatán, ésta no fuera una ocupación militar. De esta manera, resulta central cómo la experiencia de la Intervención Francesa y la implantación del Segundo Imperio en aquella región tuvo su propio acontecer. Además, se apunta que, aunque falta mucho para superar la retórica y los discursos oficiales sobre el periodo monárquico en México —incluido el caso de la Península de Yucatán—, es necesario analizar sin tendencias ideológicas los cambios administrativos, económicos, jurídicos, sociales y hasta tecnológicos, que fueron introducidos en la que era considerada una de las regiones más remotas de la joven nación. Como apunta Canto Mayén, “este libro interpreta las órdenes que Maximiliano destinó a la península, desde las consideraciones hechas por los responsables de aplicarlas hasta las opiniones de quienes se les sumaron o enfrentaron” (20). Por lo anterior, en este caso de estudio regional, acertadamente se anuncia en la obra que las condiciones de aquella “tierra inhóspita” tuvieron un desfase con el resto del país, pues los conflictos políticos peninsulares de la época provocaron una adhesión monárquica “cautelosa en un principio y entusiasta después” (21).

Así, el autor muestra una historia del Segundo Imperio mexicano dividido en tres discursos: la instauración monárquica, los efectos del reinado de Maximiliano y el combate de los monárquicos en contra de los republicanos y los indígenas sublevados, pero analizados por separado y estructurado en cuatro capítulos.

El primero de ellos, titulado “*La partie du Mexique ou le coeur et l'intelligence sont les plus développés*, el territorio peninsular a mediados del siglo XIX”, toma como punto de partida cómo el odio racial y las identidades étnicas en la península no fueron los únicos motivos de la inestabilidad de la región en la época. Por el contrario, y a manera de contexto, de forma precisa se analiza que la “catástrofe” política radicó en que campechanos, mayas y yucatanenses eran distantes integrantes de una nación en formación, de pocos recursos y con autoridades centrales incapaces de administrar la justicia; esto, según Canto Mayén —y por lo menos para esta región— provocó que el personaje del caudillo fuera considerado como el único agente capaz de garantizar y mantener la forma de vida de sus adheridos y de los que no lo eran.

En este primer capítulo también se toma a la región como punto de partida para explicar y enmarcar históricamente a un territorio complejo y diverso, pues la Intervención Francesa y el establecimiento de la monarquía de Maximiliano tuvo que enfrentarse a rivalidades regionales y hasta geográficas, dado que, como se explica, primero habrá que entender la rivalidad de Izamal con la metrópoli meridana, la región de Valladolid y su lento y pausado crecimiento —por no decir estancado— y finalmente entender desde la región las inestabilidades políticas de la Isla de Cozumel y sus autogobiernos, así como la especial atención que puso Canto Mayén al oeste campechano como la ciudad amurallada. Todas estas variantes regionales, geográficas, topográficas y hasta de infraestructura, fueron determinantes en el análisis de la Intervención Francesa y el establecimiento del Segundo Imperio en la Península de Yucatán. Y, como se apunta en la obra, esta es la antesala de factores para explicar la identidad cultural regional en la Península, pues “el firme apego

a la tierra, comarca o región natal fue un arma discursiva que se fortaleció a mediados del siglo XIX” (62).

El capítulo dos se antoja por demás sugerente. Bajo el título de “Los cimientos del porvenir, la instauración monárquica en Yucatán”, se analiza hábilmente cómo el sometimiento de los indígenas era el móvil principal para la existencia de ciertos personajes “blancos” que habían sido afectados por la prolongada Guerra de Castas, particularmente aquellos que residían en Izamal y Valladolid. Por ello, ese añejo enfrentamiento bélico fue el pretexto perfecto para que este sector acomodado de la población fuera silencioso ante los privilegios que los puertos principales de la península recibían de los franceses, contrario a lo que pasaba en los puertos del resto del país.

En este mismo capítulo, Canto Mayén comienza a adentrarnos al análisis del discurso sobre la regencia del imperio y algunas de las principales voces a favor. El que se presenta como el ideólogo más importante es Manuel Barbachano en *La Nueva Época*, donde articuló discursos para dirigir a la concentración del poder de Felipe Navarro y la adhesión a la monarquía, de la misma forma, se asegura que fue uno de los principales artífices del discurso yucatanense a favor de la Intervención y la monarquía.

El autor apunta que esa retórica estaba orientada hacia la monarquía como un puente de comunicación para acercarse a la Regencia, olvidando la grave crisis que estaba provocando la Intervención Francesa en el resto del país y, al ser la península yucateca “una región remota”, el discurso editorial apuntaba a la petición de recursos más que defender el territorio de los franceses.

Por otra parte, ya para el capítulo tres, “Las voces estentóreas de un trono vacilante, el reinado de Maximiliano en Yucatán”, se pone en el centro de atención un asunto que Canto Mayén analiza desde la introducción y los capítulos precedentes: la región como un lugar de continuidades y procesos de transformación únicos, en donde la Intervención Francesa y el sistema monárquico, se vivió y fue una experiencia única en el país. En ese sentido, aquí se muestra cómo existió una notable adhesión a Maximiliano y sus planes para la Península, aunque ese imperio, contradictoriamente, estaba tambaleante en el resto del país desde sus inicios.

En ese sentido, el archiduque Maximiliano tenía planes distintos para la Península de Yucatán, pues su intención era que se volviera un polo de atracción económica y política, principalmente en la expansión territorial. Para ello, asunto extraordinario que analiza Canto Mayén, es la visita de la emperatriz Carlota a la región para evaluar varios rubros, en donde se demuestra la agencia de la cónyuge del emperador en los asuntos de la vida pública, los planes políticos de su esposo y en el quehacer científico. Según palabras de nuestro autor: “La visita de la emperatriz Carlota a Yucatán, a fines de 1865 fue el momento culminante del reinado de Maximiliano en la península, debido a la respuesta favorable que desató su presencia en estos confines del imperio” (98). Así, las valoraciones hechas por la emperatriz permitieron que el propio Maximiliano revalorara sus planes para la región, comenzando por la eliminación de los republicanos y someter a los indígenas sublevados. Sin embargo, como se apunta en la obra, “la incapacidad del ejército francés para dominar y pacificar la totalidad de México y el liberalismo de Maximiliano en materia eclesiástica [...] entorpecieron desde su más temprana fase el engrandecimiento territorial que, probablemente, concibió en Trieste el archiduque” (97).

En este capítulo tres, de forma concisa, Emiliano Canto Mayén también nos muestra que la instauración del Comisariato Imperial de la Península de Yucatán, en 1864, fue el

gran proyecto de reformas administrativas de Maximiliano, pues se dio una reorganización jurisdiccional a un personaje que estuvo desligado de lealtades políticas. De esa forma llegó José Salazar Ilarregui con la encomienda de “instaurar la paz, la legalidad, una buena administración y el progreso material y moral en la región”. De las encomiendas cumplidas, el autor de la obra pone especial atención en el análisis de los cambios geopolíticos que radicalizaron la ya segmentada sociedad peninsular; se dieron cambios en la obra pública, planeación y el reordenamiento urbano; se desarrollaron comunicaciones como el telégrafo, así como la fundación del Banco de Avío. Y finalmente, otra de las innovaciones para la Península, fue la exposición de recursos manufacturados, una demostración pública de las riquezas de la región que tuvo alcance nacional.

No obstante, los grandes fracasos fueron el tendido de vías férreas y los proyectos migratorios a la región, derrotas que también tuvieron resonancia en la prensa republicana o contraria a Maximiliano y sus ambiciosas iniciativas de modernización. Por lo anterior, Canto Mayén asegura: “Al reconstituir estos grandes anhelos, las páginas anteriores caracterizan la monarquía en Yucatán como *el firme mandato de un débil trono*; es decir, el reinado de Maximiliano y la gestión de sus comisarios en el medio peninsular fue una estrategia ambiciosa, con planes racionales y acordes con los ideales modernos del siglo XIX, pero irrealizables en un ámbito plagado de obstáculos invencibles y oposiciones terminantes” (131).

Si ya se había analizado a Manuel Barbachano como el artífice del discurso de adhesión imperial, en el cuarto y último capítulo se examina a escritores que construyeron el discurso antiimperialista, pues estos voceros de la oposición republicana utilizaron libremente un rico repertorio de descalificativos contra la intervención, y contra Maximiliano, sus planes y sus colaboradores: “los editoriales republicanos se sirvieron en ocasiones de un humor cáustico para ridiculizar las ceremonias y fracasos de la monarquía en la región [...] en su afán de retratar al sistema imperial como un ente decadente, caduco y rancio, los republicanos personificaron al liberalismo como un joven moderno y virtuoso” (135).

En ese mismo tenor, en la obra se analiza a la “juventud” y las consignas editoriales que se construyeron con la intervención y contra el Segundo Imperio, incluso desde herramientas como la novela histórica se resaltaban los vicios de los reinados, estrategia abierta de una acérrima campaña contra el Imperio, hasta llegar a la restauración republicana el 15 de junio de 1867. De esta forma, el análisis de Canto Mayén a lo largo del libro, presenta al discurso como eje rector, pero, sobre todo, como un arma de combate republicano, incluso en algunas publicaciones como *La Pildora*, que “caracterizó a los monárquicos como enfermos terminales a los cuales debían aplicárseles urgentemente purgas y lavativas para aliviar sus males [y] calificó a los periodistas oficiales como turiferarios” (159).

En esta obra, Canto Mayén reflexiona sobre cómo en el caso de la Península de Yucatán, por su lejanía del centro, por la escasa comunicación, por no haberse registrado una intervención armada en la región, su recibimiento fue distinto al del resto del país, por lo que en un gran sector de la Península se formó la idea de que el Imperio fue gobierno y protector, por ejemplo, de la rebelión indígena que ya tenía larga data. Sin embargo, para la historia oficial tradicional, pervivió el argumento de guerra sobre los yucatanenses monárquicos como traidores y los republicanos como héroes; esta batalla también se desarrolló desde las letras, una guerra discursiva y de palabras que marcaban el lenguaje político regional, es decir, un discurso republicano agresivo contra el discurso imperial de obediencia y gratitud, de arraigados fundamentos cristianos.

El autor, no conforme con ofrecer una obra de gran valor historiográfico por su aproximación metodológica e interpretativa desde el análisis del discurso, y casi a manera de la historiografía erudita, presenta una cronología de los principales acontecimientos alrededor de la Intervención Francesa y el Segundo Imperio entre 1861 y 1867, lo cual permite al lector tener una guía tradicional para seguir el curso de la narración histórica. Lo anterior me hace pensar en cómo aún hoy se puede hacer un análisis histórico crítico de fuentes hemerográficas decimonónicas y un vigente análisis del discurso como una herramienta de investigación e interpretación contemporánea, y cómo eso puede ser alternado con una cronología a la que estaba acostumbrada la historiografía tradicional, pues este mecanismo hoy, más que nunca, se presenta como vigente para entender el relato histórico en términos cronológicos; además, en la parte final ofrece un anexo documental, pues lo presenta de forma que el lector y las futuras generaciones puedan consultar esos archivos que al día de la publicación de este libro, desafortunadamente ya se encuentran perdidos o destruidos. Por ello, Canto Mayén generosamente los deja a nuestra consideración.

Este trabajo, construido con un gran acervo bibliográfico, fuentes primarias de archivos nacionales e internacionales, cuenta también con la consulta de más de 42 publicaciones decimonónicas. De esa forma, su argumento fue construido desde las experiencias editoriales republicanas y monárquicas, y que hacen de este libro de gran valor historiográfico no solo para la Península de Yucatán, también para México, pues se aleja de lo que le propio Canto Mayén llama un “compendio de polvosa erudición” (22), ya que habla directo y en primera persona al lector, contrario a la lectura de la historiografía tradicional.

La Intervención Francesa y el Segundo Imperio mexicano no son tema agotado, sólo se necesitan visiones e interpretaciones renovadas, como lo hace Emiliano Canto Mayén, desde el análisis del discurso de la prensa de la época, tanto de monárquicos como de republicanos; desde las experiencias; y ampliando el espectro de las fuentes de consulta. Por ello, *Los firmes mandatos de un débil trono* es una lectura obligada para los peninsulares, pero también para los que habitamos en cualquier región de México, interesados en matizar esa historia negra del Segundo Imperio.

Saúl Iván Hernández Juárez
 UASLP
 ivan.hernandez@uaslp.mx

